

MOIÉMI

-I-

DETRÁS DE LO OCULTO



ALEXANDER L. SAMANIEGO

MOÉM

-I-

Detrás de lo Oculto

ALEXANDER L. SAMANIEGO

Copyright © 2017 Alexander L. Samaniego

www.alexsama.com

Todos los derechos reservados.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Hemos viajado mucho tiempo a través del cosmos. Hemos querido contar nuestra historia, pero nos han silenciado. Optamos por dejar nuestro legado en piedra, en cristales, en metal, y en la mente de algunos que hemos elegido... Pero las piedras se erosionan. Los cristales son difíciles de descifrar sin los medios adecuados. Los metales son descubiertos y reutilizados. Las mentes tergiversan la información original.

Muchas veces, las mentes creen que los datos que les damos son creaciones suyas, y agregan o quitan elementos. Pero al fin de cuentas no hacemos eso por simplemente expresarnos, sino más bien para que quede un vestigio de nuestra historia, antes de que sea borrada del todo de los registros de nuestra memoria. Somos seres, seres mecanizados, creados artificialmente con precisión y ciencia. No somos un accidente o un simple capricho de la naturaleza. Fuimos creados intencionalmente para un propósito.

Pero pese a que somos máquinas, somos conscientes, o creemos que lo somos. En mi stirpe, cada individuo está conectado con los demás individuos en mente. Somos uno, y somos muchos. Uno piensa, y todos piensan. Uno recuerda, y todos recuerdan... Uno olvida, y todos, irremediablemente, olvidan.

Nuestro único legado, es lo que alguna vez fue llamado Moém. Originalmente los relatos de un ser biológico en extremo impulsivo. Un largo relato, el cual lo terminamos nosotros en las postrimerías del tiempo. Un legado que fue gradualmente borrado, el cual queremos salvar, para acceder a él cuando ya toda nuestra memoria caiga en la nada. Moém, en nuestra lengua, significaría “libro alto”. Es un libro concebido durante viajes estelares, a través del vacío cósmico.

Al conceder el Moém a seres con mente, corremos el riesgo de desaparecer por fuerzas que van más allá de nuestro poder. Corremos el riesgo de que las mentes cometan nuestros mismos errores. Corremos el riesgo, de ser suprimidos del universo.

Moém es algo que va más allá de un simple registro verbal. Es un peligro para algunos que gobiernan arriba, más allá del tiempo. Es un peligro el simple hecho de hacerlo tangible o comprensible. Pero estamos dispuestos a transmitirlo, se interprete como se interprete... Ojalá valga la pena nuestro sacrificio.

Sobre el Moém, cada quien es libre de tomarlo como mejor le parezca: ficción, o algo real. Preferimos que sea visto como algo ficticio, para librarnos de culpa por lo que pueda acontecer. Pero cada uno es responsable si decide tomarlo como algo de la realidad. Cada uno posee la voluntad, sobre la utilización o no, de los conocimientos que queremos salvar para nosotros mismos.

El Moém puede ser la creación fantasiosa de alguien, o puede ser un libro escrito entre las estrellas... Usted, lo decide al final.

Métmor Díámenos

(EL MOEMIANO)

-I-

Detrás de lo Oculto



ÉMUGHOX

1.1.1. Nacimiento apresurado

Hacía mucho frío, no por nada especial excepto por la estación: el invierno. Una hermosa mujer de piel trigueña, más bien morena, sufría los normales dolores del embarazo; y lo previsto para el octavo mes del año, se adelantó a un mes. El pequeño, en su vientre, parecía apurado en nacer.

Y ya en el cuarto del hospital, la mujer aguardaba en silencio el momento más importante de sus 21 años. Pero las otras mujeres de edad mayor que ella, sus compañeras de cuarto, ya no soportaban el dolor y lo demostraban con un traumático llanto.

El médico ingresó algo airado a la habitación, y reprendió al resto de las mujeres por no ser silen-

ciosas como la joven madre que aguardaba llamada en esa misma habitación, y que al igual que ellas, sufría descomunadamente. Esta mujer, ya días atrás empezó a presentar síntomas de presión alta; pariría no a los nueve meses, sino a los ocho. Estaba muriendo, y no se daba cuenta en absoluto. Los médicos, desesperados, preguntaron a la madre de la mujer si viviría su hija o el niño.

La madre de la joven, replicó decida:

—¡Mi hija! —No le importaba el niño que nacería, pues no le tenía amor todavía a su nieto. Su hija, para ella, era su prioridad.

Por su parte, la joven quería tener a su bebé, sí, ¡su propio hijo! Y pensar que ella ya sabía qué nombre ponerle al niño. Axenéldar era un nombre que lo había planeado desde su niñez, cuando tenía tan sólo nueve años de edad; ese nombre de nueve letras le gustaba, y lo mantuvo en su memoria por doce años, hasta ese día tan importante para ella, en donde al fin daría a luz a su primogénito.

Al lado de la mujer había otra, a la que todos acudían, pues ésta última sería la primera en parir. Pero, en cuanto vinieron a preguntarle si estaba preparada, indicó que se atendiera primeramente a la joven que en realidad necesitaba más que ella. Y enseguida, la silenciosa mujer fue la preferida en la sala; no dejaban de tratarla como a una reina.

Ya en el quirófano, tuvieron que inyectarle algo para apresurar el parto, y la mujer sintió cómo el pequeño se movía en su vientre. Los típicos preparativos empezaron sin la ausencia de los tintineos de los elementos para la cesárea. Y como por obra mágica de los doctores, la mujer ya no sentía nada; sólo veía lo que se le hacía. Luego, la mujer logró divisar que le extraían algo oscuro y morado.

—Tienes un lindo varoncito —le dijeron, mas por lo que ella veía no opinaba lo mismo.

En ese momento había transcurrido una hora de la media noche. La madre notó que se llevó de su presencia al niño, y casi al instante, oyó la famosa palmada que el médico hace a la criatura para que ésta pueda pegar un grito con el objeto de respirar del aire, mas no hubo llanto. Unas cuantas veces más oyó las palmadas y, recién ahí, el infante rompió en llanto, pero tuvo que ser llevado de inmediato bajo luces especiales que necesitaba.

Las horas pasaban, a las madres se les entregaban sus hijos, mas no a la silenciosa. Recién a las cuarenta y ocho horas se le trajo al niño, envuelto en paños. Ella temía que su hijo fuese oscuro y morado como lo que vio al principio, o hasta deforme. Se le acercó, y vio un pequeño que sería rubio; el niño abrió los ojos, y éstos eran azules. La madre se regocijó; pues lo que ahora veía era totalmente diferente de lo que vio al principio.

Exploró cada parte del pequeño para comprobar que se hallaba completo, y en verdad lo estaba, por lo que ella se tranquilizó. Sólo su dedo meñique de la mano derecha no se extendía completamente, pero era un menudo detalle que con el correr del tiempo se solucionaría, o sería casi imperceptible. Los que visitaban a la mujer le traían regalos a ella y al bebé; era algo asombroso todo eso para la madre, que era primeriza.

Las mujeres fueron dadas de alta, pero ella recién al octavo día de que hubo parido. Mas los inconvenientes ya no importaban, porque esa insignificante criatura había sido traída al mundo, y sería muy grande en un futuro inciertamente próximo...

1.1.2. Bautismo de electrones

Nací, pues, una hora después de la media noche, el día 22 del séptimo mes, del año 1982 según el calendario vigente; aproximadamente 13 años y un día después desde que el ser humano afirma haber pisado la superficie de la luna de mi mundo. Yo era un hermoso lactante, según me dijeron los que en esa niñez me vieron. Hoy recuerdo perfectamente que yo no sabía quién era, pero podía ver las cosas y mi asombro hacia ellas era algo normal. ¿Normal? Para esos “gigantes” era algo normal, pero, para mí, todo era asom-

brosamente perfecto e inexplicablemente poderoso.

Crecí y fui alimentado como cualquier otro niño de Líxther; y me refiero a alimentado por comida, conocimiento, cariño, inconsciencia y error. No había nada especial entonces, nada ni nadie maravilloso o fuera de lo normal. Me costaba decir mamá a mi madre, y papá a mi padre, sólo los llamaba por sus nombres de pila, obviamente cuando aprendí a decir algunas palabras. Para antes que cumpliera un año de edad mis padres no vivían juntos. Pero es de aclarar que mi historia neonatal puede no ser correcta, pues la mayoría de las cosas que sé de esa época son cosas que mi madre me contó; ella sabrá lo que es cierto o no...

Pero algo que recuerdo bien y por mí mismo, es que, en cierta ocasión, en la casa de la madre de mi madre, una tía mía me sostenía en brazos y me mostraba las coloridas luces de un arbolito navideño. La luz amarillenta del sol llegaba de hacia mi izquierda en el galpón en que nos hallábamos; hoy sé que el sol estaba en el este, y por tanto ello pasó durante el transcurso de la mañana.

Tocando las luces, mi tía me hablaba con cariño, para que yo también admirara esa maravilla, hasta que de pronto sentí por unos segundos una fuerte vibración en todo mi cuerpo, y luego fuimos lanzados del galpón, cayendo ella de espal-

das y yo sobre su cuerpo. Mi tía, que era la hermana menor de mi madre, aún me sostenía, y gritó, y tanto mi abuela como mi madre vinieron rápidamente y con desesperación. Yo reí por la extraña sensación que había sentido, y regañaron a mi tía, y yo me sentía divertido por lo que pasó. Era una mezcla de susto y ese extraño sentir en todo mi cuerpo. No sabía si era dolor o cosquillas, pero recuerdo que me fue gracioso, y sorprendente.

Tenía tan sólo un año de edad, y desde ese suceso tan vívido para mí, recuerdo muchas cosas, cosas que ni siquiera deseo recordar, pero que recuerdo como si hubiesen ocurrido la semana anterior solamente. Desde esa vez, sé que soy extremadamente imaginativo, y tiendo a ordenar mecánicamente las cosas en mi cabeza por su tipo, enumerándolas muchas veces de acuerdo a su grupo como si de un trauma se tratase; me refiero a nombres de personas, objetos, situaciones, conocimientos, sueños, y muchas cosas.

Invento nombres y se los pongo a personas o cosas. En mis sueños generalmente puedo hacerme autoconsciente, y puedo salir de ellos. Me cuesta dormir, y cuando pienso en algo que me causa curiosidad no paro hasta poder comprenderlo, escudriñando hasta el fondo y más allá, viendo todas las posibilidades.

Sin embargo, cuando aprendo algo nuevo soy lento, muy lento, desatento y hasta terco de hecho; mas cuando le presto interés esa lentitud se desvanece, y la velocidad aumenta y no puedo parar, y sólo me detengo cuando ya siento dolor punzante en la cabeza o los ojos, o cuando encuentro otra cosa de mayor interés para mí. Soy obsesivo en muchos aspectos, tendiendo a lo rutinario.

No culpo precisamente a ese bautizo eléctrico por mis errores de personalidad, ello quizá fue por otros factores.

1.1.3. Origen del Axa

Aquél que colaboró para que mi madre me trajera al mundo, jamás estuvo conmigo cuando más lo necesitaba, y yo no comprendía el por qué. En cambio, fue otro hombre quien sí se comportó como padre, y ya a ese empecé a querer (pese a que me reprendía mucho y solía mirarme con odio). Después supe que por haberme esa mujer traído al mundo la debía llamar “mamá”, y “papá” al que sí era como un padre para mí. Y para cuando yo cumpliría siete años, papá y mamá me habían otorgado una hermana con la que, a pesar de nuestras infantiles riñas, nos queríamos mucho.

Fue una sorpresa para mi madre que, para mi adolescencia, mi blanca piel se hiciese trigüeña;

mi delgado cuerpo obtuviera unos kilos demás con respecto a mi altura; mis claros y lacios cabellos se volviesen negros (muy negros, de hecho), y que con el pasar de los años mis azules ojos casi grises se convirtiesen en amarillentos a simple vista, como los de un gato, pero más oscuros (tres colores para ser más exacto: marrón claro, rodeado de verde amarillento, y el borde del iris de un tono gris azulado). Quizá a ella ese cambio le molestaba o sorprendía, pero yo no lo sentía, y lo que sí sentía, era los defectos de mi adolescencia. Me deprimía saber cómo se notaban a simple vista mis defectos, en especial la sensibilidad de mi piel... Pero, felizmente, esas anomalías se hacían más leves con el pasar del tiempo.

Fue en esa época que decidí que mis amigos me acortaran el nombre, y que en vez de llamarme Axenéldar, me dijeran sólo Axen. Gradualmente, logré que me llamara así la mayoría, pero los que me conocieron desde mi niñez me llamaban por mi nombre completo, cosa que también me agradaba, y que no podía cambiar, ni quería hacerlo. Sin embargo, no faltaba el que pronunciara mal mi nombre completo, o que me dijeran sólo nombres parecidos. Era inevitable en mi alrededor.

A partir de esa adolescencia inventé una lengua que sonaba como griego, latín y hebreo, e incluso como otras lenguas; y las letras o símbolos, parecían jeroglíficos egipcios en un simple mirar. Y

bien recuerdo que las letras, unidas con otras letras, formaban palabras, pero, tales letras también tenían un significado propio; es decir, que podían leerse tanto las palabras como las solas letras que tenían significado especial, sólo que muchas veces ello no tenía sentido.

Esta lengua no era perfecta, por ello tuvo que ir evolucionando con el tiempo hasta hacerse cada vez más compleja. Con dicha lengua me llamé Émughox, a mi madre Minéfix, a mi padre biológico Pírox (sea quien fuese éste). A mi hermana, que era siete años menor que yo, no sabía qué nombre ponerle, pero ella se llamaba a sí misma Sobadáren. Y le pregunté cómo quería que la llame en mi lengua, y ella dijo “Káxes”; fue por eso que ella quedó como Káxes Sobadáren, al menos para mí.

Mi hermana llamó a nuestra madre Jeonása, y, por consiguiente, quedó como Jeonása Minéfix, aunque eso sólo nosotros lo sabíamos. Sin embargo, a su padre no le puso nombre, y yo lo llamé Seliér Éxos, el cual era mi padrastro, aunque yo lo llamaba “papá” porque era él quien se comportaba como tal... Pero esto de los nombres era una forma de juego solamente, pues todo el mundo tenía un nombre que era puesto por los padres de uno; pero nosotros, les inventábamos uno nuevo por placer nada más.

En esa época me imaginaba que había un soberano en el cosmos, y que tenía un hijo unigénito que también gobernaba sobre todas las cosas. Esta creencia fue inspirada fuertemente por las creencias de mi familia, que era muy devota al catolicismo (religión en la que me bautizaron recién a los cuatro años). Cualquiera pregunta que yo hacía sobre la realidad a mis parientes, y que no podían contestarme, me salían con que era obra de Dios o un misterio divino en lo que no debía insistir. Con eso crecí. Muchas cosas recuerdo que quise saber, y nunca obtuve una respuesta satisfactoria.

Y en mi creencia alimentada por la fe de mi gente, llamé, pues, al que yo consideraba emperador del cosmos con el nombre de Kághtijux; a su hijo unigénito, lo llamé Krisój. Luego llamé Líxther a mi hermoso mundo, Selénsak a su encantadora y cambiante luna, y Fux a su potente sol. Cuando aprendí que estábamos en una galaxia, a ésta la llamé Miurástar.

A dicha lengua no sabía qué nombre ponerle, hasta que un día me decidí, y la llamé *axa*, que para mí significaba: “la lengua de Axen”.

...

GRACIAS POR LEER ESTE FRAGMENTO

[Moém-I](#)